

de alambre; en Asia 35,146 kilómetros de línea con 40,100 de alambre; en Australasia 13,670 con 16,800; en Africa 11,160 kilómetros de línea con 16,800; y submarino 11,816 con 16,697 de alambre. Suma total 365,476 kilómetros ó 49,255 millas geográficas de líneas, con 866,555 kilómetros de alambre que equivalen á 116,786 millas geográficas. En la república mexicana existían en 1870 catorce líneas telegráficas con 4,152 kilómetros y estaban abiertas al público ochenta y dos oficinas. De 1870 á la fecha se han construido nuevas líneas, que se extienden en diversas direcciones. (1)

La extension de todas las líneas telegráficas que existen en el mundo seria casi suficiente para hacer una comunicacion telegráfica entre la tierra y la luna, mientras que la longitud de los alambres, no solamente bastaria para esa comunicacion dos veces, sino que sobraria un pedazo que podria rodear la tierra casi tres veces. Con todos los alambres telegráficos que están en servicio en la actualidad, se podria circular la tierra veintidos veces.

—¿A qué hora nos vamos, papá? preguntó Luis.

(1) Las líneas telegráficas se han multiplicado en estos últimos años, y hoy se extienden en todas direcciones por la vasta extension de nuestro territorio.

—Hoy nos quedamos aquí, contestó D. Juan.

—Pues vamos á dar una vuelta, dijo el niño, abrazándose de las rodillas de su padre.

—Yo tengo necesidad de poner unos telégramas y esperar la contestacion; pero Carlos te acompañará.

Los dos niños salieron del hotel, radiantes de alegría.

—Mucho juicio, hijos míos, les dijo D. Juan, cariñosamente.

—¿Qué portal tan feo! exclamó Luis: este debe ser el de Mercaderes.

—Aquí no hay mas que una tienda, dijo Carlos, apuntando en su cartera, y sin fijarse en lo que decia su hermano.

—Mira, mira allí la sierra; qué alta es y qué llena de árboles.

—Es la sierra de Calpulalpan que acabamos de atravesar.

—¿Y por qué se llamará esta hacienda Arroyozarco?

—Yo creo, contestó Carlos, que le dieron ese nombre por el riachuelo que hemos visto desde el balcón.

—Efectivamente, dijo Luis, allá voy yo á hacer

torrecitas en la arena. Ya verás qué bonita catedral voy á construir.

—Corrió el niño dando saltos de alegría y su hermano á pesar suyo tuvo que seguirle. Allí, forjando frágiles edificios, recogiendo piedrecitas y conversando amigablemente pasaron algunas horas.

En la tarde D. Juan los llevó á ver la fábrica de casimires que existe en la hacienda.

A las siete, comieron é inmediatamente se fueron á reposar.

A las seis de la mañana del día siguiente continuaron su viaje.

El mal estado del camino hacia á D. Juan temer otra catástrofe y se mostraba inquieto. Luis y Carlos dormían profundamente.

Al fin el carruaje se detuvo frente á un extenso portal.

—¿Cómo se llama este punto, papá? preguntó Carlos, despertando.

—La Soledad ó Pololotlan, contestó D. Juan. Este pueblo comenzó á formarse hace veinte años y creció con asombrosa rapidez al principio; desgraciadamente de algun tiempo á acá ha permanecido estacionario.

—Allá enfrente veo una capillita, exclamó Luis.

—En este momento lo que debemos buscar son las fondas, dijo D. Juan, sonriendo.

—Sí, papá, sí, vamos á almorzar, gritó Luis aplaudiendo.

El apetito de nuestros viajeros les hizo calificar el almuerzo de excelente. No valía gran cosa; pero para ser justos, debemos decir que en la Soledad se come mejor que en Arroyozarco.

Al salir de la fonda, vieron á un pobre anciano ciego, que cantaba con triste voz algunas coplas populares. La estraña y dulce expresion de su canto, indefiniblemente melancólico, llamó la atencion de los dos niños.

El viejo bardo del pueblo comprendió que habia excitado la curiosidad y la compasion de los viajeros y para mejor cautivarlos comenzó á tocar en la *jaranita* una alegre sonata nacional.

En el campo, el sonido de la música causa siempre una profunda impresion, y es natural: en la agitacion de las grandes ciudades, los mas dulces acordes se pierden entre los mil rumores de las multitudes; en la soledad, al pié de las montañas, ó al borde de los caminos, cada una de las armonías arrancadas á un instrumento, nos conmueven

tiernamente porque nos revelan la existencia de un corazón que palpita en el goze ó en el dolor, inspirado por el magnífico espectáculo de la naturaleza.

Al ver á aquel anciano ciego, cubierto de harapos, y que con santa resignacion sonreía, exhalando en dulcísimos ecos sus pesares, D. Juan tuvo que ocultarse para enjugar una lágrima.

—¿Está vd. muy triste, cieguito? le dijo Cárlos, acercándose.

El anciano preludió una canción, y derrepente, como inspirado, contestó cantando:

Estoy triste por lo "probe";

Por lo ciego no lo estoy;

Que usted mira con los ojos

Y yo con el corazón. (1)

Cárlos dió una moneda de plata al pobre poeta de los campos, que se llama José María Rubin.

Entónces el ciego, agradecido, haciendo pasar su aliento por el hueco de las manos, y modulando su voz de una manera extraña, imitó con admirable propiedad el sonido de la flauta y el armonioso canto del zentzontle.

(1) Histórico.

Luis manifestaba su admiración y su entusiasmo con gritos de alegría y con aplausos.

—Vámonos, dijo D. Juan, dirijiéndose al carruaje, y procurando disimular su emoción.

Los dos niños le siguieron.

El bardo ciego volvió á cantar:

En un camino de flores,

Feliz y "perfecto" día,

Les desea con alegría

El cieguito á los señores.

El coche se alejó rápidamente, dando saltos entre las piedras de la única calle de la Soledad.

Durante algun tiempo los viajeros percibieron de una manera vaga las lejanas y dulcísimas armonías del admirable ciego.

—¡Cuán bellas inteligencias hay ignoradas y oscuras en nuestro pueblo, exclamó D. Juan. El desarrollo de la instrucción pública hará la felicidad y la grandeza de nuestra patria.

Los dos niños guardaron silencio.

A las once y cincuenta y dos minutos llegaron á San Juan del Rio.

—Hé aquí, dijo D. Juan, una de las ciudades mas importantes del pequeño Estado de Querétaro.

—¿Qué extension tiene este Estado, papá? preguntó Carlos.

—La superficie de su territorio es de 506 leguas cuadradas ó sea 8,883 kilómetros. Está situado entre los 20° 1' y 21° 36' de latitud septentrional y los 0° 4' y 0' 14" de longitud O. del meridiano de México.

—¿Y cuáles son los Estados que están cerca de Querétaro, preguntó Luis?

—Querétaro tiene por límites: al N. el Estado de San Luis Potosí, al E. el de Hidalgo; al S. el de Michoacan, y al O. el de Guanajuato.

—¿Y también hay en Querétaro presidente, papá?

—No, hijo mio; el Estado de Querétaro es libre, soberano é independiente, como los demás Estados de la federacion; pero no es una república ni constituye una nacionalidad. Como una de las partes integrantes de la República Mexicana, está unido por medio del pacto general á los demás Estados. Para su régimen interior, tiene su constitucion particular y sus leyes. El poder ejecutivo está depositado en el gobernador, el legislativo en el

congreso del Estado, y el judicial en el tribunal superior de justicia.

—¿Cuál es la division política del Estado? preguntó Carlos.

—Querétaro está dividido en seis distritos que son: Querétaro, S. Juan del Rio, Amealco, Jalpam, Toliman y Cadereita.

—¿Y hay aquí muchos habitantes, papá?

—La poblacion del Estado, contestó D. Juan, se calcula en 153,286 habitantes; la del distrito de S. Juan del Rio, donde estamos, en 31,412 y la de esta agradable y pintoresca ciudad, cabecera del distrito, en 9 ó 10,000.

—¿Y qué figura tiene el Estado de Querétaro?

—Es muy irregular: la línea que lo circuye, dividiéndolo de los Estados limítrofes, presenta una multitud de ángulos entrantes y salientes. En el interior del país hay algunos cerros áridos, y no léjos de estos, montañas cubiertas de frondosos bosques. En este distrito, como habrás visto, el aspecto es enteramente diverso; el viajero descubre valles bellísimos, entrecortados por colinas pintorescas y poco elevadas.

—Efectivamente, papá, dijo Carlos: S. Juan del

Río está situado en un valle estrecho, pero hermosísimo.

—San Juan del Río, es la perla del Estado de Querétaro: en su distrito, la agricultura es de grande importancia, porque posee excelentes tierras de labor.

—Aquí hace menos frio que en Arroyozarco, papá, exclamó Luis.

—El clima del Estado de Querétaro es muy variado, contestó D. Juan; en Amealco: Mex Titlan y otros varios pueblos, el temperamento es muy frio; en el mineral del Doctor, el invierno es tambien riguroso; en Toliman, San Pablo y otros lugares de la Sierra, el temperamento es caliente y en San Juan del Río y Querétaro es templado y agrable.

—¿Y hay muchas montañas en el Estado, papá? preguntó Cárlos.

—Hay algunas, hijo mio; las principales son: la del Gallo en el Distrito de Amealco á legua y media al S. O. de la cabecera; la de Santa Rosa, la de Minteji á dos leguas N. E. de Cadereita. Los cerros mas notables son: el de Mastranto á tres leguas al Sur de Tequisquiapam; el del Aguacate, y el del Cimatario, al Sur de Querétaro. El de la

peña de Bernal es celebrado por la altísima roca que lo corona.

—¿Y cuáles son los rios principales?

—Creo que no te ha llamado mucho la atencion la geografía de Querétaro y la vas olvidando, dijo D. Juan bondadosamente.

—¿Pues no decia que era tan sábio? exclamó Luis.

—Cárlos se ruborizó y bajó los ojos.

—¿A dónde se le fué la ciencia? insistió el pequeño burlándose.

—Papá, mira á Luis, exclamó Cárlos, pudiendo apenas contener su llanto.

—Vamos, no seas tonto; es broma de tu hermano, le dijo D. Juan acariciándole. Voy á decirte cuales son los rios principales de Querétaro y procura que no se te olviden sus nombres. Uno de los mas notables es el de San Juan, que nace en Huapongo y pasa por San Juan del Río, Tequisquiapam, la Magdalena, Venta de San José, Hacienda de los Charcos, y Rancho de Paté, uniéndose al fin al rio de Moctezuma del cual es afluente.

—Es decir que ese rio pasa á las orillas de esta poblacion, dijo Luis? ¿cómo no lo hemos visto?

—Mañana lo verás, contestó D. Juan; pero te ruego que no me interrumpas.

—Luis guardó silencio un momento; pero cediendo al impulso de su génio fogoso, derepente se puso de pié sobre su asiento y comenzó á tocar marchas en los vidrios del carruaje.

—¿Cuáles son los otros rios que riegan al territorio del Estado, papá? preguntó Cárlos.

Los siguientes: el de Huimilpam, que nace en el cerro de las Neverías y recorre diez y seis leguas en el Estado, pasando por el Batan y el pueblito; el de Querétaro que nace en la hacienda de Servin y va á aumentar las aguas del rio de la Laja, y el de Moctezuma que forma parte de los límites orientales del Estado.

El carruaje se detuvo en la puerta del hotel de las diligencias.

—Me gusta mucho esta poblacion, exclamó Cárlos.

—¿Qué calle tan ancha! dijo Luis.

—Esa doble hilera de árboles que le dan sombra, la hace muy agradable, añadió D. Juan.

—He oido decir que San Juan del Rio no tiene más que una calle ¿será esta, papá?

—Te han engañado, hijo mio: esta es la vía prin-

cipal, pero la ciudad es bastante extensa; dentro de un momento iremos á conocerla.

—He observado que la mayor parte de las casas son de un solo piso, dijo Cárlos.

—Efectivamente; pero hay casas de construcción moderna y muy cómodas.

—Vamos á dar una vuelta, papá.

—Estás muy ansioso; tomaremos algo en la fondada y despues iremos, dijo D. Juan.

Su idea fué aprobada por los dos niños.

La comida que les sirvieron en el hotel de diligencias les pareció excelente.

A las dos de la tarde, se dirigieron á la oficina del telégrafo, y de allí á la casa de correos. D. Juan recojió sus cartas, y despues de haberlas leído, comenzó á vagar por la ciudad, seguido de sus hijos.

—¿No te escribe mamá? preguntó Luis.

—No hijo mio; y estoy bastante inquieto por su silencio, temiendo que esté enferma.

—Y Luis tiene la culpa, dijo Cárlos, aprovechando la oportunidad que se le presentaba para vengarse. Bien se conoce que no la quiere como yo, añadió dando á su voz una marcada expresion de reproche.

—Eso no es cierto, exclamó Luis; yo quiero morir á mamá, mas que tú; y comenzó á llorar.

—Juicio niño! que estamos en la calle, dijo D.

se yⁿ.
ma —Llévame con mamá, gritó Luis, sollozando.

—No es cosa muy fácil; estamos ya bastante lejos de ella.

—¿Pues qué distancia hay de aquí á México? preguntó Carlos.

—Cuarenta y tres leguas.

el —Luis continuó llorando, y D. Juan tuvo que comprarle unos dulces para hacerle callar.

Y —¿Qué edificio es este, papá? preguntó el niño, jugando sus lágrimas.

—Es la casa del ayuntamiento, construida hace poco tiempo: aquí está la jefatura política y algunas otras oficinas públicas.

—He visto muchos templos, papá.

—Sí, hay algunos.

—¿A dónde vamos ahora?

—A la plaza principal.

—Allí, está, exclamó Luis; tiene una columna en el centro, coronada por un águila.

—Lo mas notable de San Juan del Rio es el

panteon nuevo; vamos á verlo para que Carlos complete sus apuntes, dijo D. Juan.

—Vamos, papá.

Los tres viajeros retrocedieron en el acto; atravesaron algunas angostas callejuelas, y comenzaron á subir por la suave pendiente de una loma poco elevada.

En la cumbre de esta pequeña altura está el panteon. Antes de visitar la fúnebre morada, D. Juan hizo admirar á los dos niños el magnífico paisaje que á su vista se presentaba. Al pié de la loma se extiende la ciudad, irregular y caprichosa apiñada en el estrecho valle, ostentando sus esbeltas torres y presentando á los viajeros sus estrechas calles bordadas de arboledas extensas, y salpicadas, por decirlo así, de festones de verdura; á la orilla de la poblacion corre el rio, entre huertos frondosísimos y serpenteando en diversas direcciones, se pierde entre las colinas.

La puerta del panteon se abrió en ese momento para dar paso á un lúgubre cortejo. En un pequeño ataúd, dos hombres conducian el cadáver de un niño de pocos años: á pocos pasos una mujer del pueblo lloraba silenciosamente. Al ver aquel

dolor mudo y profundo, se comprendía que la pobre mujer era una madre.

D. Juan y los dos niños penetraron á la triste morada, detras de la mortuoria comitiva.

El panteon de San Juan del Rio es un cuadrado de poca extension, cercado por todas partes por una alta barda. Su aspecto es melancólico, pero no pavoroso; la luz penetra libremente allí, y algunos árboles plantados á cortas distancias, purifican el ambiente. En el centro se eleva un magnifico monumento, que cubre los restos del fundador de aquel sagrado asilo.

Cárlos y Luis se entretuvieron en mirar la multitud de epitafios que cubren las paredes; D. Juan conversaba entre tanto con el sepulturero.

La indecisa luz del crepúsculo, vino al fin á dar un tinte indefinible á aquel doloroso cuadro.

Los tres viajeros salieron de allí conmovidos y se dirijieron á su alojamiento.

Al llegar á la casa de diligencias, D. Juan sentado cerca de una mesa, tomó el album de Cárlos y escribió lo siguiente:

«A la orilla del rio se eleva una casita pobre medio oculta en un silvestre bosquecillo. Allí viven desde hace mucho tiempo, tranquilos y felices

un honrado jornalero y su esposa María. Ambos amaban con todo su corazon á su pequeño hijo Miguel.

María habia sido una esposa escelente y era una madre tierna y cariñosa.

Un dia Miguel, que tenia ya seis años, se entretenia en hacer puentes y casitas, en la arena del rio, metido en el agua, y recibiendo los rayos de un sol abrasador.

María lo reprendió bondadosamente, y le dijo que nunca volviera á bajar al cauce del arroyo porque las avenidas de éste, eran muy frecuentes y podía llegar á sucederle una desgracia.

—El niño prometió obedecerla, llenándola de besos y de caricias.

Trascurrió algun tiempo.

Una tarde Miguel estaba solo en la casa. —

—Su madre, al salir, le habia mandado que no se apartara del punto donde lo dejaba; pero al cabo de algunas horas, olvidándose de los consejos maternales, el inquieto niño se sentó á la sombra de unos fresnos. Poco á poco fué venciendo su temor y al fin desendió al rio.

La tarde declinaba.

Miguel oyó á lo lejos un ruido extraño; pero no

alcanzando á descubrir nada que pudiera alamarle, continuó en sus infantiles juegos.

De repente oyó un grito penetrante y desgarrador; volvió los ojos y descubrió á su pobre madre, que pálida como la muerte, le llamaba y corría hácia él.

En ese instante se sintió arrebatado por la corriente.

Tendió las manos con indecible angustia, pero en ninguna parte encontró un apoyo.

Dos labradores recogieron esa misma noche el cadáver del hijo desobediente.

Cárlos y Luis han asistido esta tarde á los funerales del desdichado niño."

Al leer Cárlos estas líneas, abrazó á D. Juan cariñosamente, y le ofreció no desobedecerle nunca.

—Hazlo así, hijo mio, dijo D. Juan, pues sobre el hijo cariñoso y bueno descende siempre la bendición del cielo.

A las seis de la mañana, del día siguiente salieron nuestros viajeros para Querétaro.

A las once llegaron á la cuesta china.

Como la rápida pendiente de la montaña es bastante peligrosa, D. Juan y los dos niños descendieron del carruaje.

Desde allí pudieron contemplar un espléndido panorama. A lo lejos se descubre la ciudad de Querétaro, célebre en nuestra historia, extendiéndose en una tendida loma, rodeada de árboles y ostentando orgullosa las elevadas torres de sus numerosos templos. A alguna distancia se eleva el Cimatario; mas cerca el memorable Cerro de las Campanas, y al terminar la cuesta, el soberbio acueducto, monumento notable que se desprende de las sinuosidades de las montañas, serpenteando en varias direcciones, cruzando cerros y colinas y extendiéndose en el espacio de dos leguas, atrevido y caprichoso, hasta tocar los muros de la ciudad.

Después de haber andado algun tiempo D. Juan y los niños, volvieron á subir al carruaje; y á las doce y cuarto, atravesaron las estrechas calles de Querétaro, deteniéndose en el hotel del Aguila Roja.